

# TOQUE DE QUEDA

A Juan A. Marrero,

*in memoriam.*

Dejó la calle estrecha, casi vacía a esa hora del mediodía, y giró a la derecha mientras el carro, ahora sobre la calzada más regular de la avenida, adquiría poco a poco velocidad. El camino estaba casi desierto y mostraba toda su anchura imprevista bajo el sol, como si de pronto se hubiese transformado en un paisaje nuevo, abierto y primitivo. Andrés comprendió, después de un rato, que por primera vez no veía a los vendedores ambulantes. Encendió la radio e inmediatamente recobró la tensión: un locutor leía nerviosamente las últimas noticias, las que él ya conocía.

*...la renuncia del gabinete. El Presidente García Zevallos se encuentra en estos momentos en una reunión de emergencia que se desarrolla en el Palacio de Gobierno con el objeto de poner fin a la escalada terrorista que ha alcanzado ya a las afueras de la propia capital. Entretanto, desde la Nunciatura, el Arzobispo ha hecho un exhortación para que cesen...*

No se detuvo ante el semáforo de la Avenida Colón y siguió adelante, escuchando sin prestar demasiada atención. Tenía las manos transpiradas y el motor del viejo Volkswagen se apagaba apenas soltaba un poco el acelerador. Pensó en lo que costaría reparar el carburador, en lo tarde que era y en la forma insoportable en que Adele le reclamaba hasta esas cosas.

*...el estado de sitio. En tanto en el Congreso se aguarda el quorum para debatir la moción, el General Herrera ha anunciado que, de todas maneras, los soldados saldrán esta noche a patrullar las calles en previsión de posibles incidentes. Las doce y catorce minutos en Radio Capitalina. Y ahora pasamos directamente al Palacio de Gobierno, donde nuestra compañera Adelis Sosa nos tiene una importante información de última hora...*

El carro giró una vez más, ruidoso, penetrando a los pocos metros en un oscuro estacionamiento que se abría hacia abajo. Encendió las luces y vio que tenía casi todos los puestos para sí: el sitio estaba desolado como si hubiese sido abandonado hace años. Era un recinto estrecho y sucio, silencioso, y Andrés sintió de pronto una oscura aprensión. Dejó el carro cerca de la entrada y se dirigió al ascensor, pero enseguida comprendió que tenía que subir por las escaleras. Hasta el tercer piso porque otra vez se había ido la electricidad. A pesar de la hora, los pasillos tenían un aspecto lúgubre; sin motivo, trató de hacer el menor ruido posible.

La oficina, un amplio rectángulo donde se alineaban gastados escritorios, estaba completamente desierta. Andrés se acercó al pequeño compartimiento que ocupaba, al lado del cubículo del Doctor Vargas, y encendió un cigarrillo, aproximándose un poco a la ventana. No había nada extraño allá afuera, nada que él pudiese notar como diferente: las mismas paredes grises o amarillentas, el letrero deslucido que decía "Se arreglan zapatos", tal vez un poco menos de gente que de costumbre. Era una calle de poco movimiento, una transversal angosta algo alejada del centro. Miró hacia abajo fumando lentamente, con una cierta desesperada regularidad.

Por más que todo estuviese tranquilo él sabía, con la certeza de esas cosas que no pueden negarse, que en algún momento la normalidad se había quebrado irrevocablemente. Era una sensación imprecisa, irrazonable, aunque sólida y tenaz: se había perdido ese olvido del mundo exterior con que la gente organiza sus vidas día a día, esa seguridad de que todo habrá de ser hoy casi idéntico a como lo fue ayer. Había algo envolvente, algo que venía desde afuera y penetraba en las cosas más sencillas, algo que no se limitaba a los atentados de las guerrillas o al estado de sitio que estaban a punto de declarar. *Y te gustó, no puedes negarlo, de algún modo también te gustó: después de treinta y un años había algo que estaba pasando, algo más que tu casa y tu trabajo, y la penosa lucha por subsistir. No porque te sintieras libre, verdaderamente, porque ahora podías percibir más que nunca el cerco insoportable que se iba trazando a tu alrededor, sino porque esa conmoción que soportaba tu pobre país te llevaba a recordar que la historia no estaba escrita todavía y que tú, Andrés Solórzano, podrías ver aún muchas cosas, y hacer hasta lo que ni siquiera te atrevías a imaginar.*

Súbitamente deseó huir de allí, del país, dejando todo atrás como si nunca hubiese existido nada de lo que él conocía. Pensó luego en llamar a Adele, que ya habría llegado a la casa cuando, sorpresivamente, sonó

el teléfono de su propio escritorio. Después de una larga pausa escuchó la voz de Julio César que sonaba lejana, irreconocible:

BAndrés, ¿tú todavía en la oficina?

BPues sí, ya ves. Tuve que salir a media mañana por un asunto personal, ¿recuerdas?, y acabo de llegar... Aquí no hay nadie.

BClaro! La luz se fue a eso de las once, y luego la radio dijo que iban a poner el estado de sitio; todo el mundo se fue a su casa. Yo llamaba por si el doctor Vargas estaba todavía, para preguntarle algo.

BNo, no, esto está completamente vacío... yo ya me voy también.

Se dijeron todavía algunas cosas más, los comentarios que la gente se siente obligada a hacer cuando las noticias anónimas se convierten en el eje de toda conversación. Andrés se dispuso a partir. No sin sorpresa escuchó, cuando ya tenía en la mano su viejo maletín color vino, que se abría despacio la puerta principal.

El perfume, eso fue lo primero: antes que nada pudiese ver evocó la presencia conocida de Elisa, el tintineo de sus pulseras, el sonido de los tacones de siete centímetros. Y ella también se sorprendió. Lo miró sin su sonrisa habitual, casi contrariada:

BAndrés ¿qué haces tú por aquí?

El, que siempre se lamentaba de que sus respuestas no fuesen lo suficientemente rápidas, reaccionó ahora con velocidad. El silencio de ella, algo parecido a la turbación, lo alentó a ser mordaz:

BBueno, yo también trabajo aquí. ¿Qué haces tú?

BEs que no me fui a casa... esperaba el autobús, y como no llegaba ninguno, me senté a comer algo. Casi todos los negocios están cerrados. B hizo una pausa, reponiéndose. Venía a buscar unos papeles, por si mañana no puedo venir a trabajar.

Andrés recordó la llamada y la dejó hacer. La vio abrir gavetas y revisar archivos, moviéndose Btal vezB excesivamente. Mientras apagaba el cigarrillo le dijo:

BEl que llamó hace un momento fue Julio César...

Ella lo miró fijamente, todavía inclinada sobre su escritorio, y abrió levemente la boca. Pero no habló.

B...preguntó por el doctor Vargas.

Elisa, entonces, se incorporó por completo. Era pequeña y tal vez por eso, se notaban los pocos kilos que tenía de más. Arregló su blusa, metió algunos papeles en su cartera, y sonrió súbitamente:

B Bueno, ya estoy lista. ¿Tú vas para tu casa?

B Sí, pero te puedo acercar.

B La verdad es que te lo agradecería... Me da un poco de miedo todo esto.

Andrés se detuvo un instante, como si esperara algo, y no pudo evitar mirar de lado hacia el teléfono. Entonces ella agregó, con decisión:

B Vamos, las cosas pueden ponerse peor más tarde...

Bajaron por las oscuras escaleras, Elisa adelante, mientras Andrés aspiraba su perfume, una fragancia que conocía pero que sin embargo no era capaz de identificar. Se sentía ilógicamente animado, furtivo, atento a lo poco que podía ver y oír en ese espacio cerrado que descendía hacia el sótano.

El Volkswagen respondió enseguida, con un ronroneo tranquilizador, pero se apagó justo antes de que alcanzaran la calle.

B No te preocupes B dijo él B yo lo empujo y se enciende en la bajada. ¿Tú sabes manejar?

Ella estaba por decir algo, negando con la cabeza, cuando oyeron la voz del señor Zapata que se les acercaba:

B) Algún problema?

Tenía ya las llaves en la mano, las llaves de la cortina metálica, y sin esfuerzo se hizo cargo de la situación. El y Andrés maniobraron con el carro hasta ponerlo en la calle y entonces, con vigorosos pasos, el viejo impulsó al vehículo hacia abajo, en dirección a la avenida desierta.

B Tú vives cerca de Santa Rita, verdad Elisa?

BNo tan cerca, un poco más adelante, pero por esa misma vía; yo te aviso cuando estemos por allá. Bueno... si es que quieres llevarme...

Andrés se sintió más confiado, ahora solo con ella en el pequeño automóvil que por fin parecía responderle, y hasta pudo mirar por un momento hacia sus piernas. Aceleró y avanzó decidido por la avenida, pero su naciente euforia pronto se desvaneció: a unos doscientos metros se veían ya los uniformes y las tanquetas, bajo el imperturbable sol de la tarde. No tuvo más remedio que detenerse ante la patrulla.

Unos soldaditos nerviosos, de piel oscura, le pidieron con seca cortesía sus documentos. El entregó sus papeles y un muchacho, lentamente, los miró con detenimiento. Parecía desamparado sobre sus gruesos botines, el casco un poco grande, el vetusto fusil terciado sobre el hombro:

B)A dónde se dirigen?

BA mi casa. Estuvimos trabajando hasta ahora.

Hubo otro largo silencio, tenso, mientras ellos se miraban.

BEstá bien. Pero ya sabe que no se puede circular después de las siete, no?

BNo, no lo sabía... gracias.

Andrés, que no había soltado un segundo el acelerador, se dispuso a partir. Pero el soldado, casi como si disfrutara al decirlo, agregó:

BNo puede seguir más allá de la calle Ayacucho. Esa zona está acordonada.

Elisa sonrió aliviada mientras seguían hacia el centro. Atravesaron dos o tres cuadras en la que los viejos edificios parecían ahora ominosos fantasmas: no había una sola persona en esas olvidadas calles. Por fin vieron, a lo lejos, las fuerzas que estaban en la calle Ayacucho. Andrés, pensativo, acabó por decidirse:

BCreo que no hay más remedio que seguir hacia el norte, hacia la costa. Todo eso debe estar tomado.

BSí, seguro. BElisa sonrió otra vez, ahora con maliciaB: Tengo hambre, sabes.

El no la miró. Pero extrañamente volvió a sentir su perfume Bera algo de Chanell, seguramente, algo que le recordaba vagamente sus primeras salidas B y pensó también en el mar, a esa hora temprana de la tarde, en la luz y el color. *Puedes vivir, Andrés, aunque sea unas pocas horas en medio de la inaudita confusión, abandonarlo todo y subir a una barca olorosa a brea y a madera frutal, remontar con esta mujercita de piernas anchas pero prometedoras las corrientes desconocidas de la bahía, y tal vez seguir hasta olvidarlo todo, el dinero que no has logrado ahorrar, las discusiones idénticas de las tardes, la oficina esa que te deprime y paraliza.*

Llegaron, pocos minutos después, a la Avenida de la Costa, y fue como si hubiesen penetrado de pronto en otra ciudad: los restaurantes estaban abiertos, la gente paseaba tranquila y hasta había un grupo de niños en el agua, jugando a zambullirse desde unas rocas cercanas al faro. Eran casi las dos de la tarde: el sol brillaba apacible sobre delgadas nubes blancas y el peculiar olor del mar parecía más fuerte que nunca.

Pidieron unas cervezas, mientras esperaban que les trajesen el pescado frito que era lo único que pudieron ofrecerles para comer. Ella comenzó la conversación, inquisidora, distendida, mucho más en su ambiente que en aquella oficina ruinososa que transmitía a las personas y a los objetos un aire de tristeza y resignación.

B Sí, me casé bastante joven, como ves...

Y ella lo provocaba:

B Debes estar un poco cansado... digo, no me entiendas mal, pero son muchas responsabilidades.

B No, Elisa, uno se acostumbra, poco a poco, porque todo es un proceso gradual. Yo tenía...

En ese momento trajeron la comida y él agregó, cambiando de tono bruscamente, como si buscase que el mesonero oyera esa frase que para él carecería de sentido:

B Sí, estoy un poco cansado.

Ella levantó las cejas, como sorprendida *ya lo sabía, no me extraña, a todos les pasa lo mismo pero siguen. Por eso yo no me voy a casar, no por ahora, mientras no conozca un hombre que sea distinto a todos estos.* Y preguntó:

B)Qué dices?

Pero Andrés no siguió: hizo un vago gesto de asentimiento, pensativo, y comenzó a comer el pescado en silencio. Cuando ya terminaban oyeron, como surgiendo de la nada, el sonido de un helicóptero que se aproximaba desde el mar. Era un ruido rítmico, casi melodioso, un crescendo que en pocos segundos logró excitar a las pocas personas que quedaban allí.

El restaurant era poco más que un caney, una estructura simple que se abría por tres de sus lados hacia la playa y el mar. Se asomaron para mirar, porque el sonido aumentaba cada segundo hasta el punto de hacerse intolerable, y entonces los vieron: eran tres grandes y maravillosas naves, tres helicópteros verdes del ejército que se movían apenas sobre sus cabezas, agitando el aire y mostrando desde sus puertas abiertas la oscura forma de los soldados completamente armados.

Entonces, bajo el ruido casi intolerable, cambió la conversación.

BEsto ya es como una guerra Bdijo ella, que por primera vez parecía tener miedo.

BMe pregunto si alguna vez las cosas volverán a ser como antes.

BAndrés, con una sonrisa nerviosa, se quedó un rato más mirando la forma en que los helicópteros se perdían entre los edificios del centro. Es como si el mundo se fuera a terminar Bse río.

BDeberíamos irnos cuanto antes.

Pero siguieron hablando, ya más francamente, como si no quisiesen que acabase ese momento en que los envolvía el horizonte dilatado del mar, como si deseasen saber Bpor primera vez después de tantos mesesB quién era el otro, y tuviesen un secreto horror a penetrar en la ciudad imprevisible a la que se dirigían los helicópteros. Pidieron, pues, otras cervezas; se acercaron sus cabezas sobre la pequeña mesa y hubo un momento en que también se rozaron sus rodillas, en que él sintió el agradable contacto de su pierna y decidió dejarla así, a ver qué hacía ella. Y ella no la movió.

Elisa, en cambio, habló de Julio César, de su insistencia para que salieran juntos:

BMe propuso que fuéramos a bailar el sábado pasado, ¿sabes? Pero no, yo le dije que no. De verdad no me interesa, Andrés.

BBueno... pero tú volviste a la oficina porque esperabas su llamada, ¿no es cierto?... No te preocupes Elisa, no voy a censurarte por eso.

BNo, ya sé, pero no es lo que tú crees. Me dijo que llamaría para saber de mí, porque él se fue antes, pero no para salir, te lo aseguro.

Las rodillas de ambos seguían sin separarse y él, al encenderle un cigarrillo, se detuvo unos instantes acariciando suavemente su mano. Ella le devolvió la caricia, casi con voluptuosidad, pero se recobró y dijo, tomando su cartera con decisión:

BAhora sí tenemos que irnos, Andy... ya son casi las cuatro. En tu casa deben estar preocupados y no sabemos lo que nos espera en el camino.

El aceptó sin discusión, como si postergara por un momento B sólo por un momento B sus deseos de una aventura infinita: todavía faltaba mucho para que fueran las siete.

Siguieron cerca del mar, recorriendo ahora la larga calle Cervantes que los llevaba hacia el oeste, atravesando un vecindario de apartamentos bajos y baratos, sin ver casi automóviles pero sí niños y jóvenes en las esquinas polvorientas. Andrés, sin quitar la vista del camino, puso su mano dos o tres veces sobre la pierna de Elisa, firmemente pero sin moverla, percibiendo el tejido delicado de sus medias y la tibieza de su carne joven. Se sentía confiado, casi despreocupado, como si el día no fuese a acabar nunca, a pesar de que el sol comenzaba a verse hacia adelante.

Por fin llegaron a la plaza de Santa Rita. Allí estaban otra vez los soldados y las tanquetas, una larga fila de automóviles que aguardaban pacientes bajo el sol. De tanto en tanto se oían detonaciones lejanas, informes, que parecían venir de las sierras que rodean la capital. Al principio, como si hubiesen transportado la luminosa atmósfera del restaurant, hablaron sin precisión de la gente de la oficina, del tiempo, del abandono increíble de las calles. El, de pronto, se detuvo; hizo una larga pausa, la miró a los ojos, y habló, con repentina seriedad:

BTe voy a decir algo, Elisa... Bvolvió a quedarse callado, como buscando las palabras, pero enseguida sonrió otra vez: BMe siento muy bien contigo, muy a gusto. La verdad que no me lo hubiera imaginado.

B)Por qué?

BNo... por favor, no me entiendas mal... Es que estoy tan bien, tan contento... Hace tiempo que no pasaba un rato así, de veras. BLe tomo la mano con dulzura, acariciándola otra vez, y ella también sonrió.

BTú también me gustas, Andy. )Puedo llamarte Andy, verdad?

BClaro.

BTú me haces sentir muy bien.

La cola avanzaba lentamente, entre el ruido y el olor que despedían los motores, mientras los soldados miraban papeles, hacían preguntas y registraban con cuidado los carros. *No es momento para el amor, tú lo sabes, y así es mejor: dejar que tome tu mano, soñar un poco antes de llegar a casa, tener a alguien a tu lado, alguien que no puede protegerte de esta guerra que cada día se acerca más pero que se siente bien contigo. Y aunque le hayas dicho que te gusta, y es la verdad, sabes bien que nada pasará: no es momento para el amor; no para el tuyo.*

El Volkswagen, que Andrés había mantenido cuidadosamente en marcha, se apagó de pronto: tal vez él, sin darse cuenta, había soltado por un momento el acelerador, tal vez no; no lo sabía. Hubo un sonido metálico, como el de una contenida explosión, y luego nada: la máquina ya no respondió.

La siguiente media hora fue terrible. Poco a poco se acercaron al improvisado puesto de control, bajo el calor de la tarde, haciendo vanos intentos de encender el carro, empujándolo a veces, los dos juntos porque Elisa hasta ayudó, a pesar de sus zapatos y de su ropa que no era para eso. Al final, cuando ya estaban a unos veinte metros, un soldadito se apiadó de ellos y se acercó, con el arma en la mano, decidido.

B)Qué le pasa al carro?

No les preguntó nada más, no les pidió siquiera los papeles; miró de soslayo las piernas de ella y se agachó para revisar el motor. Estuvo así un buen rato, en cuclillas, pidiéndole a Andrés que hiciera esto o aquello, hasta que se resignó:

BVamos a tener que prenderlo empujado, en la bajadita ésa Bseñaló una diagonal que se abría desde la plaza. BEs el carburador.

Entonces, guiados ahora por Elisa, se fueron adentrando en un laberinto de esquinas sin nombre. Las calles eran de tierra y estaban desoladas, como si las largas sombras que iba trazando la tarde ahuyentasen a los niños, como si el toque de queda hubiese ya comenzado para los habitantes de ese suburbio cercano a la batalla. Porque la guerra no era allí, como en el centro, un ir y venir de tropas nerviosas y quizás hasta asustadas: era el sonido nítido de los tiros, de gente que disparaba entre los verdes cerros que rodeaban al barrio, de puertas cerradas y ecos ominosos.

*BEs ahí, un poco antes de la esquina, frente a la puerta verde Bdijo ella. Y tú sentiste frío, Andrés Bsentiste de pronto la libertad y el miedoB en esa calle que se acababa ante una pared maltrecha, entendiendo que la tarde ya llegaba a su fin.*

BElisa...

BSi quieres te bajas un momento, Andrés. Podemos tomar algo.

Dejaron el carro en dirección contraria al cerro, para que luego pudiera arrancar, mientras se abría la puerta de la pequeña casa. Una mujer realmente obesa, de piel más oscura que la de Elisa, parecía esperarlos desde siempre.

BEsta es mamá.

BMucho gusto, señora.

Tenía una mirada dura, resignada, que sin embargo no llegaba a excluir la ternura. Miró a Andrés con lentitud, como si lo hubiese conocido hace tiempo pero no acabara de recordarlo, y ofreció con sencillez:

BPase, pase... Si quiere tomar un refresco enseguida se lo preparo.

BNo, gracias; de verdad se lo agradezco.B Andrés miró hacia el cerro, casi furtivamente, y se atrevió a agregar: BAunque si tiene un café lo aceptaría con mucho gusto. Parece que la noche va a ser un poco fría.

Había un cuadro del Sagrado Corazón, unas sillas baratas y un olor fresco, como de mango o guayaba. Se sentaron, uno frente al otro, mientras la señora Alicia preparaba el café: otra vez las rodillas y las manos, otra vez las miradas, pero ahora también algo diferente: una especie de complicidad súbita ante esa tarde irrepetible, un punto de partida tal vez, un recuerdo que comenzaba a formarse.

B)Cuanto hay de acá hasta tu casa?

BNo sé bien, como media hora si está todo normal.

Elisa se paró y regresó al poco rato, con las tazas desiguales en una bandeja roja de plástico. El café estaba perfecto.

Conversaron luego los tres, apenas unos minutos; la señora preguntaba con curiosidad y resignación, Andrés disimulaba su impaciencia y Elisa, que ahora se veía extrañamente bella, trataba de explicarle cómo salir de ese barrio de calles sin sentido.

La despedida, por eso, fue rápida y carente de todo protocolo.

BNo te olvides, después de la segunda esquina a la derecha, luego a la izquierda dos veces hasta que encuentras la escuela, y otra vez a la derecha, hasta llegar a la avenida.

BSí, no te preocupes, más o menos recuerdo el camino. Nos vemos mañana.

Y Andrés, ocupados sus sentidos en gobernar esa máquina que amenazaba con no responderle, no miró su reloj sino cuando se sintió seguro, avanzando a buena velocidad por un vecindario más poblado de casas, aunque ausente siempre de presencia humana. Faltaban diez minutos para las seis. Le sobraba tiempo para llegar hasta Adele, hasta su hijo, a la casita de color blanco que alquilaban desde el año pasado. Y no sentía ninguna alegría; pensaba, casi con furor, que todo había sido mejor hace unos años, antes de que Adele cambiara y comenzara a discutir por todo, cuando tenía el pelo más largo y lo usaba suelto. La recordó jugando con una sonrisa leve, con el suéter azul de cuello de tortuga y, por un instante brevísimo, sintió otra vez el amor Bintacto en alguna parte inalcanzable de su serB y el dolor deprimente de saber que aquéllo no existía ya.

Abismado en la irreversibilidad del tiempo, en los implacables pasados que construía momento tras momento, siguió manejando por calles vacías y en penumbra, sin prestar demasiada atención a la ciudad que atravesaba. Lo despertaron bruscamente unos gritos: un poco más adelante una patrulla daba el alto a dos hombres que corrían por un callejón lateral, a pocos pasos. Sonaron de inmediato unos tiros, secos, asombrosamente cercanos y reales. Entonces comprendió que había frenado su carro maquinalmente.. y que el motor se había apagado otra vez.

En vano trató de encenderlo nuevamente, en vano consumió valiosos minutos hurgando entre tubos y cables, esperando que pasase algún transeúnte o que regresaran los soldados. La gente se había encerrado en sus casas anticipando el toque de queda y el único signo de vida que se podía percibir era el cantar de un pájaro lejano, y el más lejano aún retumbar de los cañones. Porque la lucha había continuado allá arriba, tal vez frenética, seguramente despiadada.

Y entonces lo aceptó. *Si comienzas a caminar ahora mismo, si te apresuras, puedes llegar con tiempo hasta tu casa; son como quince cuadras, tal vez dieciocho, y te queda casi media hora. Pero todo depende: si aparecen soldados, o guerrilleros, si te detienen por cualquier razón...* Indeciso, temiendo la creciente oscuridad donde parecían multiplicarse las asechanzas, recordó que allí mismo había estado esa mañana, en la casa de Orlando, apenas a dos cuadras de distancia; conocía perfectamente el lugar. *¿Qué haces aquí, en este camino que no es tu camino, dando rodeos cuando hay toque de queda, como si no quisieses regresar sino perderte en la noche?* Porque no había seguido la vía natural, la Avenida Morazán, sino otra calle, la misma de la mañana.

Caminó, furtivo y preciso, hasta alcanzar la puerta. Y entonces, sintió el terror: todo estaba desierto, sin un signo de vida, absolutamente silencioso; si Orlando se había ido a dormir a casa de Norita quedaría afuera, desamparado, sin tiempo casi para regresar caminando hasta su casa. Andrés golpeó; una vez, dos veces, venciendo su instintivo temor a hacer demasiado ruido, hasta que comprendió que no bastaba con eso:

BOrlando, soy yo, Andrés! Bgritó.

Nada. No hubo respuesta alguna, ni sonido, ni indicación de que la casa estuviese habitada.

B(Orlandooooo... abre la puerta! (Soy yo, Andrés!

Pasaron unos segundos, unos largos instantes durante los cuales pudo oírse un grito aterrador que parecía llegar desde muy lejos, y después sobrevino su alegría. Sintió los pasos aproximándose, la voz grave, conocida:

BYa voy.

Orlando fue abriendo con cuidado el pasador, un candado, la anticuada llave.

B)Qué haces por aquí a esta hora, Andrés?

BAbre... Abre, que ya te explico.

Subieron la escalera oscura, temblorosa, y ya en la sala, apartando unos periódicos que estaban sobre una silla, Andrés se sentó a horcajadas. Como si fuese incapaz de controlarse, habló desordenadamente de su auto y del almuerzo con Elisa, de la ciudad vacía, de los soldados y los helicópteros; se detuvo bruscamente y, como si hubiese recordado algo de pronto, pidió un trago.

Orlando le sirvió un ron, en un vaso corriente de cocina, y un poco intrigado le dijo sonriendo:

BPero no entiendo, de verdad, no veo la relación... por qué no fuiste...? Bueno, no importa, aquí puedes quedarte a pasar la noche sin problemas, lo único es que no hay teléfono, ya sabes. Adele debe estar preocupada.

BSí, por supuesto, pero ya nada puedo hacer, es demasiado tarde. Dame otro ron, por favor.

Siguieron bebiendo así, Orlando un poco intrigado, Andrés como queriendo terminar de una vez por todas con ese día que había sido para él un laberinto sin solución y sin sentido. Pero no hablaron mucho en realidad, porque el alcohol iba haciendo su trabajo rápidamente en el cuerpo exhausto de Andrés y las fuerzas lo abandonaban minuto a minuto.

BQuieres comer algo? Bdijo Orlando, viendo que su amigo comenzaba a internarse en una súbita borrachera. BHoy me dijeron en la embajada que la próxima semana me van a dar la visa... Bueno, no es algo completamente seguro, pero ya estoy con un pie en los Estados Unidos, de verdad.

B)La visa? Oye, eso si que es grande... tenemos que hacer un brindis!

Llenó otra vez más su vaso, ahora hasta el borde, y parándose con dificultad, alzo el brazo izquierdo haciendo la V de la victoria. Pero no alcanzó a decir nada: lo bebió todo de un solo largo sorbo desesperado y, sin transición, cayó lentamente sobre el piso.

Orlando lo acostó en un pequeño diván, lo cubrió con una manta y lo dejó en paz. Todavía no eran las ocho: a lo lejos, ominosamente, seguía oyéndose el ruido de la guerra inacabable.

**CARLOS SABINO**

Caracas, 1990B1992